

En el pupitre, los cuadernos: lentas
gotas de un lagrimal que me encarama
al hielo de tu muerte. Son tormentas

de luz que se me van de rama en rama
al árbol del recuerdo a ver contigo
crecer la primavera.

La retama

del monte, la sonora voz del trigo
le dieron volanderos silbos de oro
a tu corazón albar, al eco amigo

de amor. Escucha cómo en alma lloro,
cómo lloramos todos, compañero,
cuando nos sube al pecho aquel sonoro

viento que nos dejó tu muerte. Quiero
tenerte aquí, clavado en el trabajo
de sacarle alegría al lapicero

mientras van nuestros llantos vida abajo.
Todavía nos vives desde el fuerte
recuerdo de tu voz caliente, bajo

la tierra funeral de España. Muerte
creció por tu cintura cuando estaba
alto tu pecho en paz para saberte

doncel de sus fulgores. ¿Dónde acaba
el alba, Juan, dónde culmina el viento,
en qué rincón del alma se nos graba

la pena? Dilo tú, que en el tormento
de este vivir sólo albergaste penas
y viento y luz...

Se escapa el pensamiento

buscando por el mar altas almenas
donde esconder tu aliento cercenado.
Escucha, Juan, cómo nos suben llenas

de amor las voces de los niños -prado
tierno de España siempre viva- cómo
dicen de paz y cómo bienalado

mañana se merecen. Aquí tomo
conciencia de tu muerte y de estas voces
que hermocean la tierra a que me asomo;

tu Mancha, Juan Alcaide, la de atroces
silencios y aventuras. Las levanto
hasta ti solamente porque goces